

ALFAGUARA



Manuel Rivas

Las voces bajas

1. El primer miedo

Estábamos solos, María y yo, abrazados en el cuarto de baño. Fugitivos del terror, nos escondimos en aquella cámara oscura. Los días de tempestad se podía oír allí el bramar marino. Lo de hoy era el refunfuñar oxidado, asmático, de la cisterna. Por fin, oímos su voz. Llamaba por nosotros. Primero con desasosiego. Luego, con creciente angustia. Deberíamos responder. Dar señal de vida. Pero ella se anticipaba. Oímos su jadeo, el atropello de sus pasos, como el olfatear excitado de quien encuentra el rastro. María abrió el pasador. Ella empujó la puerta, arrastrando la luz, todavía con la tormenta en los ojos. Su miedo era el de quien llega a casa y no encuentra a los hijos que dejó tranquilos y jugando. Nuestro miedo era todavía más primitivo: era el primer miedo.

Mi madre, Carmen, trabajaba de lechera. Vivíamos de alquiler en un bajo de la calle Marola, en el barrio coruñés de Monte Alto. Hacía poco tiempo que mi padre había vuelto de América, de La Guaira, donde trabajó en la construcción, en las más altas cumbres, decía él con sorna, trepando los cielos con frágiles andamios. Una emigración breve, el tiempo justo para reunir el dinero necesario para comprar un trozo de tierra donde construir su propia casa. Muchos años después, en la vejez, con-

fesaría una flaqueza, él que no era muy dado a revelar su zona secreta: padecía vértigo. Toda la vida había tenido vértigo. Y gran parte de esa vida la pasó en las obras, de *pinche* peón a maestro albañil, y nunca, hasta que se jubiló, hizo a nadie esa confianza. La del vértigo. La de que sentía pánico en las entrañas cuando estando abajo miraba arriba y sobre todo cuando estando arriba miraba abajo. Pánico desde el primer peldaño. Pero el pie iba siempre a la búsqueda del segundo. Y el segundo peldaño lo llevaba al tercero.

—¿Por qué no lo dijiste?



—¿Y qué sería de un albañil si va por ahí diciendo que tiene vértigo? ¿Quién le daría trabajo? ¿*Vértigo*? ¡Ni esa palabra había!

En La Guaira estuvo a punto de morir, pero sólo lo supo él, metido en un barracón, en la ladera de una montaña, entre la floresta y algunos ranchitos de madera. Durante la fiebre, la única conexión con la realidad era la voz de un papagayo que repetía como letanía el nombre de una mujer: «¡Margarita, Margarita!». Sabía que existía, el pájaro. Y quizás la mujer. Uno de los días oyó, o le pareció oír: «¡Vete a llorar al valle, loro viejo!». Pero nunca lo había visto, al loro viejo. Ni a él ni a la mujer por la que llamaba. Después de sanar, un domingo, el único día libre en el trabajo, salió a la búsqueda del loro. Quería hablar con él, darle las gracias. Su voz había sido su hilo con la vida. Pero no lo encontró. Mi padre no le daba a esa historia ninguna interpretación mágica. Allí, las aves, como la gente, se iban igual que venían.

Por la mañana temprano, bebía un café negro y arrancaba en la Montesa. El padre, que ya está aquí, que ya retornó. Tuvo también una Vespa y más tarde compró una Lambretta, un progreso, una moto que llegó a formar parte de la mitología familiar pues podía llevarnos a todos sin quejarse, con ese sentido de abnegación que tienen las máquinas domésticas. Ése era su almuerzo, el café solo, muy caliente. Cuando tenía catarro o gripe, doblaba la dosis de café y tomaba una aspirina. Tenía una fe casi fanática en el ácido acetilsalicílico. Cuando el cuerpo se rebeló contra él, y una pierna

se negó a andar, hubo que hospitalizarlo. Los médicos que lo operaron descubrieron que en su corazón había las huellas de por lo menos dos ataques cardiacos. Había sobrevivido a los infartos en secreto, pero esos silencios acostumbran a escribir en braille en algún túnel del cuerpo. Sólo un día, de pasada, comentó que había perdido fuerza en los brazos. Cuando los levantaba para obrar en el techo, le ofrecían una resistencia apenada. Y se había parado a observarlos con extrañeza, como a dos viejos compañeros desacompañados. Toda la vida levantando pesos y ahora eran ellos los que pesaban. De los recuerdos que más lo hacían reír, uno era de su tiempo de juventud como músico en las orquestas de baile. La del batería que se embelesaba con la música de los otros y olvidaba, pasmado, el momento de su entrada. El pasodoble quedaba entonces en suspenso, colgado de la noche, y se oía apocalíptica la orden del maestro: «¡Platillo, chaval! ¡Que revienten las maravillas del mundo!». Una consigna que dicha así, como desahogo cósmico, acababa formando parte del espectáculo. Y el joven todavía tardaba algo en establecer la conexión. Las maravillas. El platillo. El pasodoble. Él. Al fin arrancaba y hacía estremecer la noche entera. Así que mi padre, cuando se le cansaban los brazos en la obra, cuando notaba el bajón, no pensaba en el aviso de un infarto sino en aquel impulso infalible: «¡Platillo, chaval! ¡Que revienten las maravillas!».

Al igual que mi padre no podía tener *vértigo*, mi madre no podía enfermar. Cualquier recaída o aviso de sentirse mal, aunque sólo fuese «un poco

mal», eran de inmediato atajados por la conspiración incansable de las circunstancias. La realidad, tan pelma, no se paraba nunca. Sólo había dos momentos de verdadera fuga. Uno, el de encaminarse a la iglesia la mañana de domingo. No tanto el estar en misa, sino el acudir a la misa. Era su tiempo opiáceo, de sosiego y traslación. El otro instante de fuga era cuando podía leer. Su turno de periódico. Después de la comida, lavar, fregar, poner todo en orden, tenía esa vía de escape. Eran unos minutos de total abstracción. Igual que le ocurría con los libros, cualquier libro de los que iban cayendo por casa. Era admirable esa relación, esa felicidad. Podías gritar que había un incendio, una inundación, lo que fuese. Ella, nuestra madre, permanecía hechizada. Atrapada. Raptada. No respondía. No levantaba la vista. Su única reacción era acercarse un poco más a aquel objeto del desvelo. Alguna vez parecía que iba a pasar, lo de enfermar. «No me encuentro bien, me voy a acostar un poco.» Y el tiempo de curación duraba lo mismo que una misa o una lectura. Cuando la enfermedad llegó, no lo hizo a la manera del cuento que ella nos contaba. Y no vino de visita.

—¿Quién es? —pregunta asustado el viejo campesino al oír desde la cama la aldaba en la noche invernal.

—Soy yo —decía la voz inconfundible de la Muerte—. ¡Abre de una vez!

—¡Vete! ¡No hay nadie en casa!

Y la Muerte refunfuñaba: «¡Menos mal que no he venido!».



Debería comenzar por ahí. Por los murmullos de las primeras risas, asociadas a algún cuento. Un marinero es capturado por una tribu de caníbales. Lo ponen a cocer en una gran caldera, y añaden alimentos *menores*, tubérculos y legumbres para acompañar. Mientras el agua comienza a hervir, y los antropófagos danzan alrededor del fuego, abriendo el apetito, el gallego se sumerge en su propio caldo y come con deleite las últimas patatas y guisantes. El jefe caníbal exclama admirado: «¡Mirad qué contenta está nuestra comida!». Esa forma de despedirse era un tipo de heroísmo del que nos sentíamos muy orgullosos. A nuestro héroe lo co-

mían los caníbales, sí, pero era un cuento muy optimista. Así eran también los relatos de Carlos O'Xestal, que oíamos en la radio los domingos a mediodía. Gaitero y contador de historias, O'Xestal era una extraña celebridad en nuestra infancia. Sus héroes eran la gente del pueblo, la más humilde, que salía triunfadora mediante el ingenio y la ironía. Hablaban gallego, algo insólito en las emisiones radiofónicas. Incluso las mayores risas las conseguía O'Xestal con las imitaciones de los que intentaban disimular su acento, como quien se desprende de un estigma, con situaciones tan cómicas como la del muchacho que se retrasa y pierde el embarque de Coruña a Buenos Aires, y cuando vuelve casa, sin salir de Galicia, lo hace hablando como un letrista de tango. La lengua gallega era de este mundo, pero había un problema con ella. Lugares, momentos y situaciones en que parecía un pecado en los labios. Vivía en las cuevas de las bocas, pero de una forma excéntrica, a la manera del vagabundo que escruta el camino y la compañía antes de echar a andar. Un conocido de mis padres los visitó para darles la noticia de que por fin había sido admitido como bedel en un banco. Lo felicitaron. Mi padre comentó: «Tendrás que comprar un traje nuevo...». Él respondió con un curioso tratado de sociolingüística textil: «¡Ya está comprado! Ayer probé con la corbata. Justo al apretar el nudo, empecé a hablar un castellano macanudo». O'Xestal hacía reír a casi todo el mundo riéndose de casi todo el mundo, con agujones que picaban en la piel susceptible de los tabúes y complejos. Alguna vez actuó como animador en ágapes donde estaban las más altas autori-

dades de paso por Galicia. Esa ocasional permisividad que se le concede al bufón o al cómico. Hasta que de repente desapareció. Su voz en la radio. Su imagen, siempre con el traje típico, en los periódicos. No era algo de lo que yo fuese consciente en aquella época. De la desaparición de O'Xestal. La verdad es que había dejado de interesarme ese tipo de humor castizo. La cabeza andaba en otras ondas. Hasta que un día me encontré con una noticia en la que reaparecía el veterano humorista, pero no en la página de espectáculos sino en la de sucesos. Una nota policial donde se hablaba de una redada en la que habían sido detenidas personas a las que se consideraba «peligrosos sociales». Entre ellos, O'Xestal. Lo entrevisté años después. Un relato estremecedor. Los malos tratos, la humillación, la experiencia terrible en la prisión de Badajoz. Todo eso por el *delito* de ser homosexual. Durante el franquismo, la ley metía en el mismo saco a «proxenetas, rufianes y homosexuales». Cuando salió de la cárcel, marcado como un forajido, era un rebelde. Un revolucionario. Con vida muy humilde, junto a su madre campesina, en una aldea del litoral coruñés (Lema, en Baldaio) apostó la cabeza liderando un movimiento de resistencia para evitar la apropiación por un emporio privado de un gran espacio natural. Y lo consiguió. Entrelazados con la biografía, sus cuentos tradicionales adquirieron otro sentido. Había mucho dolor detrás del humor. Pensé en él hace poco tiempo, en la ironía transgresora que no se despide nunca, que traspasa los velatorios, que intenta acompañar incluso en el Más Allá, cuando leí en la tapia de un cementerio de la

costa una pintada en brea que dice de los muertos:
¡Furtivos!

¿O sería un grafito de los muertos a los vivos?

Hay una conversación que nunca olvidaré. Una propiedad inmaterial, del departamento de grabaciones no autorizadas de la infancia. Una de esas en que, en el libro de la vida, se da a conocer de forma espontánea la boca de la literatura. Vivíamos ya en Castro de Elviña. Aquel invierno entró a nado en Galicia. Fiero, hosco y frío. Un aguacero interminable. Días sin poder trabajar, con el viento aullando por los huecos de las obras. Mi padre lleva días inquieto, acorralado, soltando golpes de vaho en la ventana, desde la que puede verse maniobrar la décima legión de las borrascas.

De repente, estalla:

—¡Quién me diese una semana en la cárcel!

Mi madre está haciendo calceta. Va a venir un ser nuevo. Está en camino. Lleva días, semanas, calcetando piezas de ropa muy pequeñas, a medida que su vientre se agranda. Las largas agujas metálicas se han convertido en una prolongación de sus manos. Al detenerse de repente, entrecruzadas en el aire, crean una expectación.

—¡Y a mí siete días en el hospital!

María y yo estamos haciendo los deberes escolares en la mesa de la cocina. Nos miramos. ¿La cárcel? ¿El hospital? El futuro promete. Ellos tienen un código de comunicación que todavía no entendemos del todo. Parece que fue una respuesta convincente, la de mi madre. Sonríen al fin. Medio sonríen. Traman un rumor, urden un murmullo.

Callan. Son vanguardia existencialista. Están exhaustos. Han tenido que extraer las palabras de las grutas de las encías.

Él era de poco hablar, nada retórico, aunque desprendía súbitas pavesas, como cuando recordaba alguna parranda excepcional: «¡Bebimos como cosacos!». Tal y como lo decía, me gustaba sentirme hijo de cosaco. La propia pronunciación del exotismo *cosacos*, abriendo mucho los ojos, con asombro, expresaba el carácter histórico de la deriva. También decía: «¡Eso vale un potosí!». ¿Qué es lo que era un potosí? Un potosí era un potosí. Una misteriosa medida de riqueza que yo manejaba gracias a mi padre. Y cuando Potosí apareció en un mapa de la Enciclopedia Escolar nombrando las minas de plata de Bolivia, ya era un topónimo del patrimonio familiar. Me resultaba también muy curioso el dicho con el que definía la máxima ignorancia: «Es tan bruto que no sabe ni el nombre de los árboles». En la *Odisea*, Ulises sólo convence al ciego e incrédulo Laertes de que en verdad es su hijo cuando es capaz de recordar los árboles que el padre le había nombrado en la infancia en la huerta de Ítaca. Al evocar este fragmento, en el instituto, la voz de la profesora se quebraba y podías ver la huerta en sus ojos oceánicos. De Luz Pozo sabíamos que era también poeta y pianista. Una mujer madura de la que estaba enamorado todo el instituto, desde el alumno más joven hasta el viejo militar profesor de Gimnasia, pasando por el bedel, la profesora de francés y todos los curas profesores de Religión. Quien no lo estaba era por la desgracia de no conocerla. Se hablaba de poetas que

atravesaban Galicia en moto y en diagonal, los fines de semana, cientos de kilómetros, sólo para verla. Y se confirmó que la leyenda era cierta cuando, años después, marchó en moto con el poeta Eduardo Moreiras. Pero ahora estamos con ella en el instituto. Entra con Luz una estela erótica en el aula, que tiene como sello especial el producir más calma que excitación. Eros, bien guiado, se posaba en la materia de estudio, incluso en la operación de descerrajar el *Polifemo* de Góngora. Pero una cosa es hablar de literatura y otra muy diferente oír la boca de la literatura. Y eso fue lo que oí, con toda nitidez, cuando Luz Pozo relataba lo que estaba sucediendo, justo en ese momento, en la huerta de Ítaca, cuando la memoria se fundía con el manuscrito de la tierra, Ulises enumerando las higueras, manzanos, perales y vides. Y había un segundo texto, un murmullo, que yo, y sólo yo, escuchaba en la boca del padre cuando él quería remarcar la ignorancia extrema: el no saber, el no querer saber, el nombre de los árboles que te rodean.

Cuando él discutía con mi madre, acostumbraba a utilizar una frase que resultaba algo críptica:

—Tú eres el Espíritu de la Contradicción.

Ella nunca calló lo que pensaba. Podía ser dulce, y lo era, mucho, pero no dócil. En el tiempo que les tocó vivir, en relación con la mujer, las leyes todavía eran más ruines que las mentalidades. Era un ser subordinado, la mujer. Nada podía hacer sin el consentimiento del hombre. Pero mi madre no aceptaba la sumisión, y él lo sabía. Así que mi padre, cuando se sentía contrariado, aludía a la in-

fluencia en mi madre de ese ser invisible, el Espíritu de la Contradicción, que pasaría a formar parte de nuestra mitología doméstica. A su manera, ninguno de los dos era gregario. Formaban una unión matrimonial de solitarios, pero sus soledades eran diferentes. Mi padre evitaba las multitudes siempre que podía. En el caso de los acontecimientos deportivos, lo que sentía era una verdadera aversión. Traté de contagiarme la repugnancia que le causaba el fútbol. Intentó entonces alejarme de los campos de juego. Había un vecino, Gregorio, socio del Deportivo, que trabajaba como técnico en la emisora de Radio Coruña, y que se ofrecía a llevarme al estadio de Riazor. Para mi padre, aquellas horas épicas, cuando el Deportivo se jugaba el ser o no ser, y era cada tarde de domingo, resultaban ser las más adecuadas para una plantación en la huerta. Yo quedaba abatido, y él entonces trataba de convencerme de que esa pasión, la de ver dos facciones de hombres adultos detrás de un balón, era una especie de derrota de la humanidad. Creo que no era pequeña la importancia que en ese rechazo tenía la indumentaria, el que las dos facciones vistiesen pantalón corto. Hasta que reconoció su propia derrota, y pude ir con Gregorio a Riazor. Al salir del estadio, visitábamos a su familia. Desde la vivienda, se accedía a un gran salón de peluquería femenina. Mientras los adultos hablaban, yo fisgaba en aquel espacio de encantamiento, con las paredes de espejo y los sillones de inquietantes cascos donde se producía la metamorfosis de las cabezas (¡la enigmática expresión *hacer la permanente!*), un escenario ahora vacío, pero en vigilia, con una nostalgia futurista de murmullos,

lores y colores. Brillaban los esmaltes de libélulas en las uñas ausentes. Había un hechizo en la atmósfera al que uno se resistía tanto como era atraído. El de cómo sería el ser mujer. O de cómo sería uno de ser mujer. A la vuelta, ya de noche, mis padres escuchaban la radio. Acostumbraban a hacerlo con la luz de la habitación apagada, con la única iluminación que emitía la pantalla del dial. Aquélla sí que era una nave, nuestra casa colgada del monte. El viento silbando en la armónica del alero del tejado, los destellos de la luz del faro lamiendo la oscuridad. Efectos especiales del exterior que se mezclaban con la sugestión de la radio. Estábamos dentro y fuera. También las voces radiofónicas, las intermitencias, formaban parte de la naturaleza. La vida tenía voluntad de cuento. Había estado en el estadio de Riazor, aquella nave en vilo, el frémito de los gritos cayéndose y levantándose. Había estado en la fantástica peluquería, en aquella penumbra de grandes crisálidas. Y ahora, apoyado en la ventana de la noche, me sentía un igual al lado del Hombre que Odia el Fútbol y de la Mujer que Habla Sola.

Sobre el autor

Manuel Rivas nació en A Coruña. Desde muy joven trabajó en prensa y sus reportajes y artículos están reunidos en *El periodismo es un cuento* (1997), *Mujer en el baño* (2003) y *A cuerpo abierto* (2008). Una muestra de su poesía está recogida en la antología *El pueblo de la noche* (1997) y *La desaparición de la nieve* (2009). Como narrador obtuvo, entre otros, el Premio de la Crítica española por *Un millón de vacas* (1990), el Premio de la Crítica en Gallego por *En salvaje compañía* (1994), el Premio Nacional de Narrativa por *¿Qué me quieres, amor?* (1996), el Premio de la Crítica española por *El lápiz del carpintero* (1998) y el Premio Nacional de la Crítica en Gallego por *Los libros arden mal* (2006), considerada como una de las grandes obras de la literatura gallega y elegida Libro del Año por los Libreros de Madrid. En 2012, Alfaguara publicó sus cuentos reunidos bajo el título *Lo más extraño*. Su última novela, *Todo es silencio* (2010), fue finalista del Premio Hammett de novela negra.